

Alessandro Gatti
Davide Morosinotto

¿QUIÉN HA ROBADO EL GATO DE ORO?

Ilustraciones de
Stefano Turconi

Traducción de Andrés Prieto



laGalera

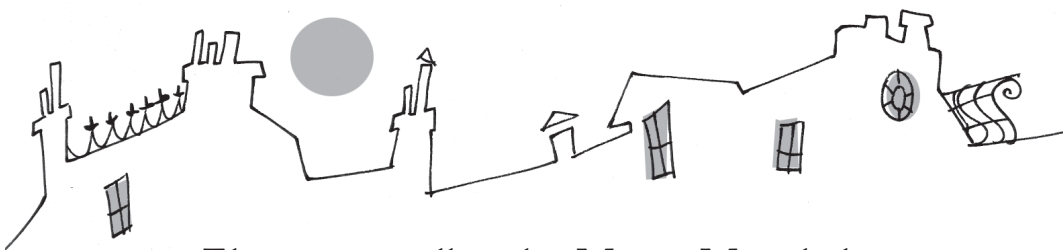


Capítulo 1

Los cojines más mullidos de París

Una sombra se deslizaba por las chimeneas y los tejados de París. Saltaba de un canalón a una cornisa, se encaramaba al balcón de la señora Grénier, caía con gracia en el alféizar de la ventana del coronel Bouvard y desaparecía escabulléndose más allá de las chimeneas de un viejo edificio cubierto de hiedra.

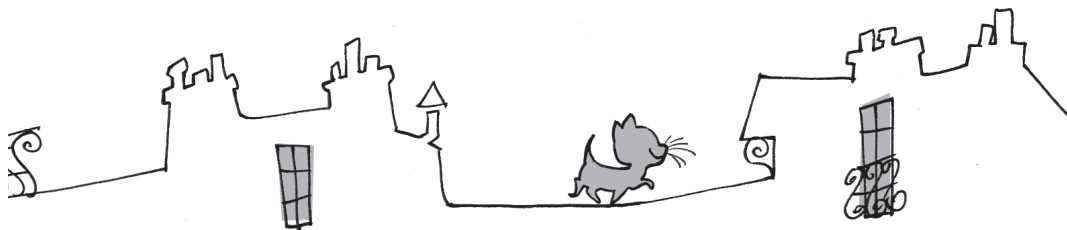
La sombra se movía con una agilidad felina. Normal: se trataba realmente de un gato: tenía una cola larga y elegante, y el pelo completamente negro, excepto algunas manchas blancas por aquí y por allá.



El minino se llamaba Mister Moonlight y era un gato estadounidense con un olfato excepcional. No solo sabía reconocer el pescado más fresco y selecto del mercado de Les Halles, sino que también era capaz de resolver los misterios más enrevesados de la ciudad. Pero no penséis que el nombre de Mister Moonlight acaparaba las portadas de diarios y revistas: los seres humanos eran demasiado zoquetes y despistados para fijarse en aquel genial detective de cuatro patas.

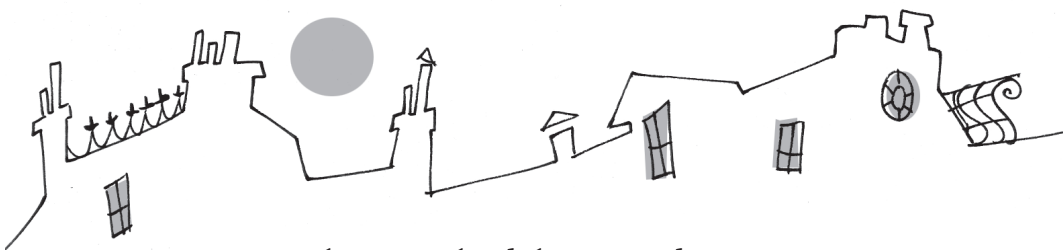
A pesar de todo, aquella noche Moonlight no tenía que conducir ninguna investigación. Estaba, si puede decirse así, de vacaciones. Y paseaba por los tejados con calma y tranquilidad, de camino a encontrarse con sus amigos detectives con cola.

Estos eran tres: Dodó el Marsellés, un gatazo vagabundo más listo que el hambre, con



la cola pelada y una cicatriz que le cruzaba el ojo derecho; Josephine, una refinada siamesa con una intuición increíble, y finalmente, Ponpon, que solo era un cachorro pero, si era





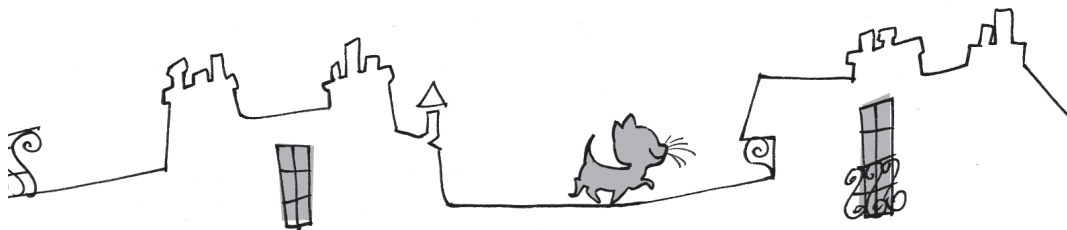
necesario, hacía gala del coraje de un auténtico felino.

Los tres gatos esperaban a Mister Moonlight en su pequeño refugio secreto, escondido detrás de una vieja buhardilla un poco destartalada. Allá arriba, en aquel rincón entre los tejados, Moonlight y sus amigos se habían llevado una manta y algunos cojines usados, y se encontraban casi cada día para maullarse las últimas novedades, observar la ciudad desde lo alto y adormecerse cuando les apetecía.

—¡Gataramba! —exclamó Dodó cuando vio llegar a Moonlight—. Por fin aparece Mister Puntualidad... ¡Empezaba a pensar que habías perdido la cola y que estabas buscándola!

—Me he quedado haciéndole compañía a Bonnet —explicó con calma Moonlight, sentándose junto a Josephine.

Bonnet era el «amolimentador» de Moon-



light, es decir, el humano que le ofrecía techo y comida garantizada en el bol. Era un señor rechoncho y amable, pintor de profesión.

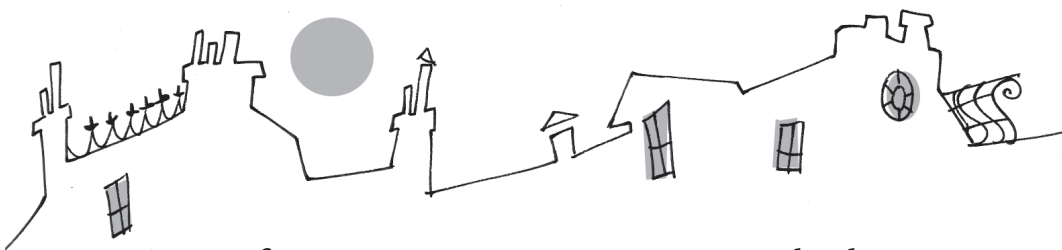
Josephine se desperezó encima del viejo cojín en el que se había enroscado.

—¡De todas maneras, podrías habernos avisado! —lo riñó—. Tengo todos los huesos doloridos de estar aquí. Este cojín es tan viejo e incómodo...

Moonlight sonrió socarrón por debajo de los bigotes, porque aquel día tenía reservada una magnífica sorpresa a sus amigos de la buhardilla.

—Tienes toda la razón, Josephine —maulló a la encantadora siamesa—. Estos cojines son un suplicio. ¡Ah, si tuviésemos un sitio bien mullido donde apoyar la cola...!

Los gatos suspiraron todos a la vez. Por-



que, efectivamente, para pasar una tarde de pereza felina, nada mejor que un sofá muy cómodo, una butaca de lujo o una cama mullida recién hecha.

—¡Bien, amigos míos! —los espabiló Moonlight, como un actor que domina el escenario—. ¡Resulta que he descubierto dónde están los cojines más mullidos de todo París!

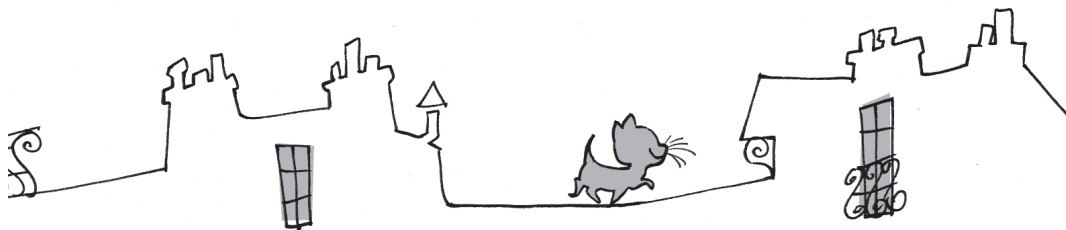
Josephine dio un salto.

—¿Lo dices en serio?

—¡Ya lo creo que sí! —aseguró el minino—. ¡Son tan mullidos que parece que estés encima de una nube!

—¡Qué interesante! —comentó Dodó, estirando las patas—. ¡Mi trasero de vagabundo se merece un buen descanso! ¿Y dónde están estos cojines?

—En casa de la viuda De Bouillon —contestó Moonlight.

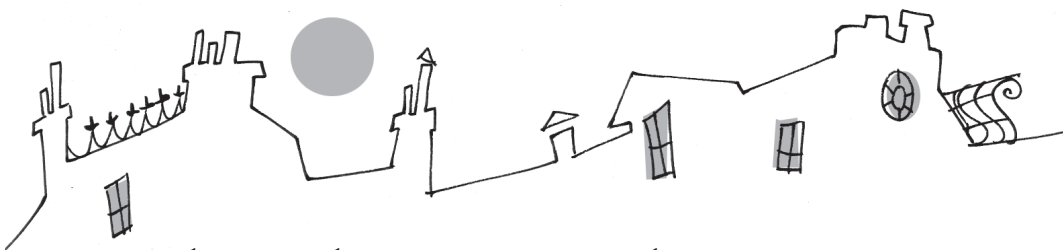


Un coro de maullidos de decepción se dejó oír al momento.

La condesa De Bouillon era, en efecto, la dama más gruñona y antipática de todo París. Cuando aún estaba vivo su marido, el famoso coleccionista de arte De Bouillon, en su palacio se organizaban unas fiestas fabulosas... Pero los desagradables comentarios de la señora y sus observaciones despectivas siempre hacían que los invitados acabaran poniendo los pies en polvorosa.

—Esa mujer es más ácida que una gamba con limón —maulló Josephine mientras sacaba su lengüecita roja.

—¡Pero no se fijará en nosotros! —la tranquilizó Moonlight—. Mirad, a la señora se le ha metido en la cabeza hacerse un retrato y le ha encargado a mi amigo Bonnet que pinte el cuadro. Mientras él esté atareado con las telas



y los pinceles, nosotros nos colaremos en su casa y podremos llegar sin ningún problema al salón donde están los cojines. ¿Qué me decís?

Dodó se alisó los bigotes con una de sus patitas peladas.

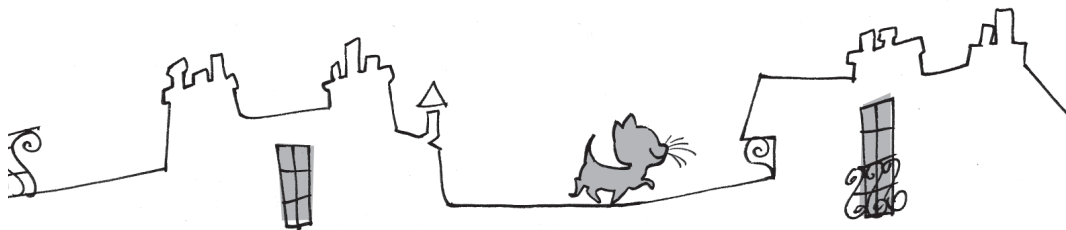
—No lo sé —replicó—. Dentro de un rato ya será de noche, y en estos días no es conveniente pasear por las calles de París... ¿Aún no habéis oído hablar del Cazagatos?

Josephine asintió.

—¡Anoche, mi amiga Moumou se salvó por un pelo! ¡Me dijo que es un auténtico sinvergüenza y que maneja la red como si se tratase de un sable! Aunque hay que decir que Moumou siempre exagera...

—¿Y tú, Dodó? ¿Tú también tienes miedo, como la encantadora Moumou? —preguntó Moonlight.

El Marsellés hinchó el pecho y saltó en-



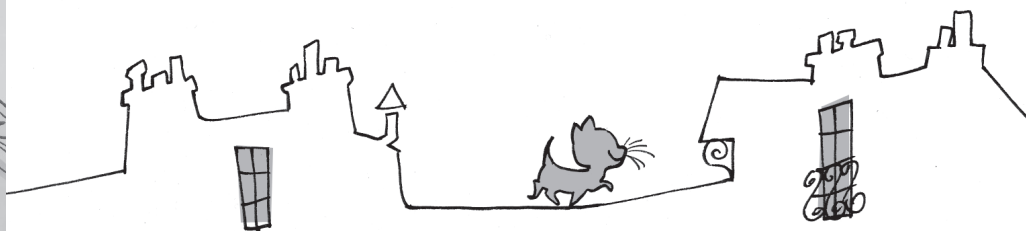
cima del canalón que conducía al exterior del escondite, como si dijera que él no tenía miedo de nadie, ni tan siquiera del temible Cazagatos que había llegado pocos días antes a la ciudad. En realidad, ni Josephine, ni Moonlight, ni el pequeño Ponpon estaban asustados: por grande que fuese su red, aquel Cazagatos continuaba siendo un humano... ¡por tanto, un zoquete!

El palacio De Bouillon no estaba muy lejos del refugio de nuestros amigos gatos. Mister Moonlight guio al grupo de un tejado a otro hasta llegar a la gran casa: por las ventanas entornadas podía verse que, en el interior, la luz estaba encendida y había un gran revuelo.

–Seguidme –susurró Moonlight.

El minino saltó sobre el alféizar de la ventana, abrió el portón con una patita y se escurrió deprisa dentro de la casa.

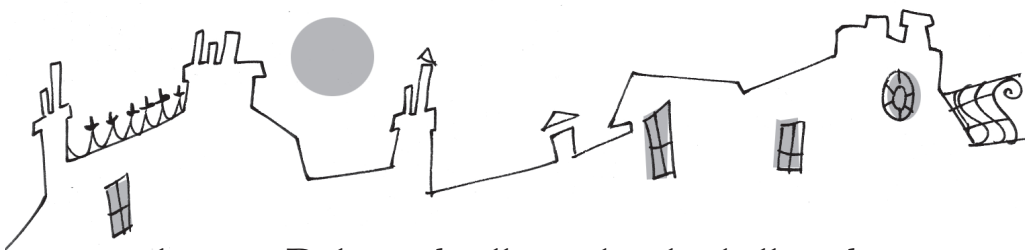




Fueron a parar a un salón enorme plagado de sofás, butacas y un montón de cosas que habitualmente llenan las casas de los humanos más ricos. En las paredes había cuadros, tapices bordados con escenas de caza, alfombras orientales en el suelo y una biblioteca llena de volúmenes antiguos. Y sillas con cojines, espejos, vitrinas y elegantes escritorios cubiertos de objetos decorativos.

Josephine, Ponpon y Dodó saltaron al salón uno detrás de otro. Mister Moonlight movió la cola para avisarlos de que no hiciesen ruido.

La condesa De Bouillon era una señora alta y delgada, y llevaba un vestido de terciopelo verde que le llegaba hasta los pies, y el pelo, con algunos cabellos grises, lo llevaba recogido en un sencillo moño. Estaba de pie en el centro del salón con una expresión



huraña. Delante de ella estaba el caballete de Bonnet y este, sentado en su taburete, pintaba el retrato.

El pintor mojaba el pincel en la paleta y después esparcía el color sobre la tela con unos golpecitos nerviosos. De su expresión podía deducirse que estaba alterado.

Cuando vio a Moonlight en un rincón de la habitación, Bonnet se estremeció por la sorpresa y le hizo un gesto para que no hiciera ruido.

El minino asintió (sí, sí, los gatos también saben asentir) y condujo a sus amigos hasta el sofá que se encontraba detrás de la condesa. Una vez allí, los gatos pudieron sentarse sobre los famosos cojines. Después, ninguno tuvo la menor duda: ¡eran verdaderamente los más mullidos de todo París!